

Aún resonaban en su cabeza las últimas palabras que la cancerbera había pronunciado como lacónica despedida antes de cerrar la puerta de la Casa.

—Esta vez procura no decepcionarnos. Si no hay resultados, la Madre hará que desaparezcas. Es tu última oportunidad. No la desperdicies.

Ranunca miró de nuevo el portón de gruesas tablas de castaño. Desde la primera vez que traspasó aquel umbral, su vida no había sido más que una sucesión de pesares encadenados. Aún así, dentro de la Casa estaba el futuro, la oportunidad de ser alguien en aquel mundo de sombras. Quedarse fuera significaba simplemente no existir.

«Mejor no existir que desaparecer», musitó para sí a modo de lamento. Mejor no ser nadie que

ser eliminada. Pero era demasiado tarde para plantearse aquel dilema. Ya no era posible. No tenía elección. Cuando decidió formar parte del clan de las iniciadas había aceptado la posibilidad de tener que llegar hasta el límite del límite. Entonces no había pensado realmente que le fuera a tocar a ella la obligación de beber el cáliz hasta la gota más amarga. Esa posibilidad, si bien real, parecía remota en aquel momento de las primeras decisiones osadas.

—Seré de las vuestras. Y que el viento me disperse y no quede rastro de mí si no cumplo con las responsabilidades que me sean confiadas.

El voto, ahora, le parecía una sarcástica predicción de su final. Estaba cerca del límite y, como un mal augurio, soplaba con violencia un viento del nordeste que la obligaba a encogerse sobre sí misma para ir abriéndose camino. En el trayecto, luchando contra las ráfagas que le impedían llevar un paso ligero, pensó en qué diría cuando llegara a su hogar. Cuatro bocas dependían de su existencia pero, y esto era lo más importante, el buen nombre de su linaje familiar estaba en peligro si no cumplía

lo ordenado. Junto a ella, todos los vestigios de su origen serían borrados. Su madre moriría deshonrada. Su hermana tendría que salir a los caminos sin derecho a otro porvenir que el que acompaña a las que tienden la mano esperando una compasión que no es tal. Sus dos hijas estarían condenadas a una vida de perpetua culpa. Y el nombre de la madre que las había engendrado a todas, aquella primera que les concedió la condición de mujeres iniciadas, sería borrado para siempre del registro de las sabias. No podía imaginar una desgracia peor.

La puerta de la cabaña gimió y el fuego del hogar se avivó inesperadamente con el ulular del viento, que entró con ella haciendo tambalearse la precaria estabilidad de aquella oscura morada. Sobre el suelo de tierra, cuatro maderos sostenían una estructura de vigas sujetas entre sí con cuerdas, mientras las losas de las paredes le daban al interior aspecto de cueva. Entre el humo, consumida como una retama vencida por el tiempo y la humedad, esperaba Rulia, más vieja por los años

que aparentaba que por los que realmente tenía. Sus ojos cegatos escudriñaron entre las tinieblas y, sin verla realmente, la reconoció.

—De modo que esta vez te han permitido regresar... Se aplaza un poco más lo que ha de suceder.

Sus palabras, incluso en la distancia, le congelaron la voluntad más de lo que lo había hecho el viento hasta aquel instante. En ellas se podría, capa sobre capa, el profundo desprecio que su madre siempre le había demostrado. Quizás porque ser progenitora del fracaso es la peor de las heridas, esa que hiende de arriba abajo el orgullo necesario para continuar viviendo.

No quiso detenerse a contestar. Había decidido no hacerlo tiempo atrás. Cada una de ellas en aquel espacio sabía el lugar que le correspondía. Se dirigió a la cámara del fondo, con una mano apartó la piel curtida que hacía las veces de puerta, y descubrió en el interior a sus hijas dormidas, una apretada contra la otra, bajo un montón de trapos, mientras Ruma respiraba a su lado un sueño que estaba lejos de experimentar realmente.

—¿Cómo ha ido? —dijo cuando ella procedía a buscar un lugar para tenderse.

Su hermana había abierto los ojos y, sin moverse, la miraba con la expectación del que todavía cree. La otra cara de la vida que muere. Morir esperando es en ocasiones tan triste como haber muerto en la espera y no darse cuenta de que una ya no está viva, que solo es un fantasma.

Ranunca no respondió. Si llevaba años sin ánimos para oponerse al rencor de la madre con un atisbo de determinación, era la vida entera la que llevaba sin atreverse a matar por completo la bondad que Ruma todavía le profesaba. Pensó que sería mejor dejar que el silencio dijera lo que su garganta no era capaz de articular. A pesar de la claridad del mensaje, Ruma se fue acercando a ella y, sin preguntar nada más, la abrazó. Aquel calor fraterno que nunca le faltaba la reconfortó por un momento. Vio en la imagen de sus pequeñas hijas abrazadas la prolongación del abrazo que siempre la había mantenido unida a su hermana menor. Pensó que había cosas hermosas en el mundo, a pesar de todo, y cerró los ojos. El día había termi-

nado y a ella todavía le faltaban unas horas para intentar continuar.

Abrió súbitamente los ojos. Acababa de acostarse, pero aquella sensación que la acompañaba desde hacía un tiempo no dejaba de inquietarla. Acudía cuando menos lo esperaba. En aquellos momentos que parecía ver entre pestaños.

—¿Qué sucede?

Miró a su alrededor y comprobó que nada había cambiado, la misma habitación, la misma cama, la misma lámpara apagada que colgaba del techo. Excepto el orden de los números que marcaba el despertador digital sobre la mesilla de noche, todo seguía igual.

—Mierda, ya son casi las tres y sigo sin pegar ojo.

Le pasaba con frecuencia y esa era otra de las cosas que tampoco sabía bien por qué sucedían. De repente, su mirada se quedaba colgada de una fibra invisible que traspasaba el aire, y creía ver dimensiones que nadie veía, o que simplemente

ella nunca había visto antes. Eran, en realidad, sus propios pensamientos proyectados en una imagen mental. O una preocupación que no dejaba de reclamar su atención. O un sueño habitante de su cerebro que tenía la capacidad de parar por un instante el discurrir del tiempo. En aquel preciso momento, cuando estaba en su cama intentando conciliar el sueño, le había venido a la cabeza la imagen de un par de ojos como los suyos abiertos en las sombras, contemplando un techo que no era precisamente aquel que la cubría a ella, y había sido como si abriera los suyos para que aquellos otros ojos, al mismo tiempo, se cerraran, evitando ser vistos en la oscuridad de la noche.

—Es extraño —suspiró.

Pero ya hacía tiempo que se había acostumbrado a aceptar que todo era extraño. O que todo podía tener su lado diferente en función de cómo se parase a considerar la realidad. Las cosas le parecían tan llenas de facetas como caras tiene un diamante. A través de cada faceta el mundo se veía distinto.

¿El mundo era distinto? ¿Qué mundo, en todo caso? ¿Aquel que ella sentía como real porque

podía posar en él sus pies o contemplarlo con sus propios ojos, o aquel otro que no podía palpar pero sí sentir, incluso a veces de forma más nítida que el considerado real, y que, de hecho, parecía percibir cuando sus párpados estaban a punto de cerrarse rendidos por el sueño o cuando, como al azar, todo pasaba por delante de ella en un instante cosido en un punto del aire?

«Una costura en el tiempo». Así había denominado a todo aquello en una ocasión la abuela Sinda, que la oía sin parecer escucharla mientras trabajaba sin tregua en su incansable singer. Coser sábanas, subir bastillas de pantalones, encajar patrones que le mandaban cortados de la fábrica y montar respuestas para las que no parecía necesitar hilvanes previos. Estas eran algunas de sus especialidades.

—¿Una qué? —había preguntado ella, todavía inmersa en la reflexión, como saliendo de un pozo.

—Una costura, Marta. Mujer, ¿pero tú eres nieta de una costurera y ahora resulta que no sabes lo que es una costura? Pues sí que estamos bien... —rezongaba la anciana, o quizás fuera la singer la



que lo había dicho por ella. Algunas veces no sabía bien quién hablaba: si su abuela o la máquina de coser, tan vieja como ella, tan cansada. Se había acostumbrado a crecer viéndolas a las dos, presentes e inseparables en su vida de telas esparcidas alrededor.

La abuela Sinda parecía tener una explicación para casi todo, incluso para lo más inexplicable. También parecía estar acostumbrada a pensar. Repleta de silencios había estado aquella vida suya, repleta de hilos por coser, repleta de agujeros que, sin otra razón que la de cubrir espacios abiertos porque sí, ella se había habituado a cerrar con ayuda de una aguja hasta dejarlos prácticamente imperceptibles en la superficie anteriormente agujereada. Quizás así había sido también su vida. Un continuo apresurarse porque no había más tiempo que el preciso para seguir tirando hacia adelante. Tirar hacia adelante y olvidar. Criar a una hija sin más ayuda que una vieja singer sobre cuyo pedal bailaban sus pies. Siempre la misma música. Siempre el mismo vals de costurera ensimismada. Esa fue su pareja de vida. Otra no tuvo «porque no

lo quiso Dios». Ahora la hija era una mujer también cansada. La casa de la aldea hacía años que había dejado paso a esas cuatro paredes que circunscribían sesenta metros cuadrados de mundo subidos en lo alto de una torre de cemento desde la cual ni siquiera se podía ver el mar, tan solo se intuía cuando el viento así lo propiciaba. Pero, a pesar de los cambios, el vals seguía siendo el mismo, la misma pieza de baile entre ella y la singer, compañera de costuras interminables que podrían dar la vuelta al mundo si el mundo se dejase coser. Porque la vida había seguido. Igual de dura, igual de rota. Agujeros por todas partes para ellas, ahora que eran tres. Tres mujeres, dos adultas y una muchacha, además de una vieja máquina de coser a la que ningún DNI le reconocía ni condición ni género ni derecho, excepto el de contribuir a dar de comer.

Una costura en el tiempo. Cose, cose, cose... y el tiempo que se va quedando prendido en cada puntada. ¿El tiempo de qué? ¿El tiempo para qué?

—Para pensar, Marta. El tiempo siempre ha dado mucho que pensar.

Otra vez la voz de la abuela Sinda o de la abuela Singer, o de las dos a la vez, y un remiendo inmenso trazando puentes sobre cualquier tipo de abismo, incluso los que separan la vida de la muerte. Sí, incluso también sobre esos.

Marta se revolvió en la cama. La noche estaba siendo larga, interminable el silencio que le impedía hablar, la casa sumergida en aquel parón vital necesario para reponer fuerzas y remendar cansancios. Todo parecía inmutable en su dormitorio de niña crecida de un tirón: la foto de la primera comunión al lado de los peluches, los libros ordenados que ocupaban completamente un estante sobre la cama, el ordenador encendido convertido en una ventana negra en la que nadaban pececitos de colores. Pensó en levantarse para apagarlo, pero siguió hilvanada a la sábana que pesaba como el sudario de un muerto.

«Que se quede encendido», pensó. Con un último esfuerzo estiró el brazo sacándolo fuera de las sábanas y echó mano al móvil que, también conectado, dormía, él sí, sobre la mesilla de noche, junto al reloj. Presionó una tecla y el móvil boste-

zó. Imaginó un enorme bostezo con cara de herrero enfadado. Sonrió. Su abuelo había sido herrero: todos los herreros nacen sin sonrisa en los labios. Ese era otro de los pensamientos de la abuela. Y en este caso, ella sí sabía por qué. El abuelo, aquel herrero con sonrisas solo en el corazón, se había marchado a la guerra antes de que la hija que había sembrado en su cuerpo llegara a ser siquiera una promesa de algo. O una maldición de todo. Se había ido porque se tenía que ir, y el adiós había sido efectivamente un adiós. No hubo cartas, que el abuelo Tomás no sabía escribir, o solo lo suficiente para poner las iniciales de los futuros dueños en los cuchillos que delimitaba a fuego y martillo. No hubo llamadas de teléfono, no las había en aquel mundo sin cables. No hubo un móvil conectado en medio de la noche para enviar un sms de despedida en el que, por ejemplo, pusiera: «Aquí morí, en el fondo de una zanja, no sé dónde, no sé por qué, pero aunque lo supiera tampoco te lo diría. La guerra es fea, Sinda, muy fea, más fea incluso que el hambre. Morir, después de todo, ha sido una liberación. Quédate con esto y no llores,

amor. No merece la pena llorar. Cuando esa hija nuestra que todavía no sabes que vas a tener nazca, dile que la quiero mucho, que su padre la quiso siempre, incluso antes de saberla». Demasiadas letras para un sms, aunque fuese el último de la vida. Demasiadas cosas por decir y ningún tiempo para nada.

Otra tecla pulsada, y otra más, sin pensar, repitiendo de nuevo una acción mil veces aprendida. Un nombre en la pantalla. Una sonrisa en los ojos de Marta. Tecleo rápido con una sola mano adiestrada. «Sta noche he visto una kostura en el tiempo. Puede que stes tu en ella. No se xk. Te kiero». Otra tecla pulsada ágilmente y un sobre pequeño que sale volando. ¿Serán así los sueños? ¿Sobres cerrados que salen volando no se sabe hacia dónde y que, por casualidad, te pasan por delante de los ojos estés o no dormida? En todo caso, aquel sobre sí tenía destino. Un destino y un destinatario. Marta se había asegurado de que fuera a parar al buzón adecuado. Al otro lado un pitido breve anunciaría la llegada de un mensaje. O un suave temblor. O un golpe de luz en la pantalla. O nada.

Solo un mensaje nuevo esperando que alguien, en el momento de despertar, lo abriese y al leerlo supiera que también aquella noche alguien había pensado en él con esa intensidad con la que solo se sueñan las realidades. Solo eso. Y bastaba.

Vuelta de un lado, vuelta del otro. Ruido de somier que dice entre ahogos que él sí quiere dormir. Cansancio en los huesos: la falta de sueño convertida en castigo para el cuerpo. Pero era joven y ya se sabe: «gente joven y leña verde...». Así solía sentenciar la singer, o la abuela, cuando ella salía y regresaba a las tantas, o cuando tenía examen al día siguiente y había que ponerse a empollar, y una sonrisa quedaba cosida en la tela mientras la costurera también sonreía, con aquella boca circundada de arrugas que ninguna plancha podría alisar jamás.

Otra sonrisa volaba ahora por el aire, desde alguna parte, y Marta no sabía por qué. Era quizás como los ojos de antes. Aquel par de ojos que ella había sentido incluso antes de verlos. ¿Alguien la estaba espiando? ¿Alguien leía sus pensamientos y por eso sonreía, porque sus pen-

samientos, algunas veces, eran tan graciosos como para hacer sonreír?

Pensó que aquella locura iba a terminar trastornándola definitivamente si seguía perdiendo las noches pensando en ello y escribiendo a continuación en el móvil. Se apretó contra la almohada, concentrando todo su esfuerzo en quedarse dormida y, varias decenas de pensamientos más, tres o cuatro miradas desde lejos, alguna sonrisa náufraga y una respiración premeditadamente acompasada, llenaron para ella el necesario río del sueño. Solo tenía que lanzarse a la corriente calma y dejarse ir. Dejarse ir. ¿En eso consistía quizás la vida? ¿En un dejarse ir sin más?

«Eh, Martita, por ahí sí que no...».

Apretó más los ojos. Un poco más. Un poquito más. Así, ya va, ya viene, ya está...

Y se durmió. O en eso estaba, ya a punto de quedarse dormida, ya en un tris de dejarse ir, cuando una música conocida, alegre y, a pesar de eso, odiada, empezó a sonar.